

acuerdo con Aristóteles, forma el tema esencial de la *filosofía primera*, la llamada metafísica.

#### 47. La metafísica de Aristóteles

Esta ciencia está dedicada a la investigación de las primeras causas, al Ser como tal, lo eterno incorpóreo e inmutable, que es la causa de todo movimiento y forma en el mundo. Es, en consecuencia, la más valiosa y omnicomprendiva de todas las ciencias. El problema es triple y gira alrededor de tres cuestiones: a) lo particular y lo universal; b) la forma y la materia, y c) el agente y lo movido.

##### a) *Lo particular y lo universal*

Platón consideraba sólo las ideas, lo universal, que forma el contenido de nuestros conceptos, como lo original y lo real. Las ideas, en consecuencia, según aquél, existían por sí mismas, separadas e independientes de las cosas particulares. Esta teoría fue rechazada por Aristóteles. En la *Metafísica* (I, 9; XIII, 4-10) sostiene la doctrina de las ideas y los supuestos implícitos en ella a un minucioso examen. Su crítica es demolidora a pesar de algunas injusticias y mal entendidos. Los puntos más penetrantes son aquellos que establecen que lo general no es nada sustancial, que las propiedades no pueden estar fuera de las cosas de las que ellas son partes, que las ideas carecen de actividad, sin la cual no pueden ser las causas de los fenómenos. El filósofo, por su parte, acepta sólo lo particular como real en pleno sentido, es decir, como sustancia; pues este nombre sólo puede ser aplicado a algo que no es ni predicado de otra cosa ni propiedad accidental de ella. Esto es únicamente verdadero de la cosa particular. Todos los conceptos universales, por lo demás, expresan meras cualidades particulares de sustancias y las ideas genéricas simplemente denotan la naturaleza común de las sustancias particulares. Ellas pueden, en verdad, ser llamadas sustancias irreales y derivadas, pero no es posible considerarlas como algo subsistente fuera de las cosas mismas; no son lo uno fuera de lo múltiple, sino que constituyen lo uno a partir desde lo múltiple. Es, por tanto, una contradicción atribuir mayor realidad a la forma, que es siempre un universal, en compa-

ración con lo compuesto de materia y forma, y al mismo tiempo afirmar que sólo lo universal es el objeto del conocimiento, que es en sí mismo lo primero y mejor conocido. Los resultados de esta contradicción tienen que ser observados a través de todo el sistema aristotélico.

##### b) *La forma y la materia*

A pesar de su ataque contra la independencia y trascendencia de las ideas platónicas, Aristóteles no deseaba de ningún modo abandonar los pensamientos dominantes de esta teoría. Sus propias definiciones de forma y materia son en realidad sólo intentos de incluir estas especulaciones en una doctrina más sostenible que la de Platón. Él dice, con su maestro, que únicamente lo necesario y lo inmutable es objeto de conocimiento. Todas las cosas sensibles son accidentales y mudables. Ellas pueden, a la vez, ser y no ser. Sólo lo no sensible que es pensado en nuestros conceptos puede ser inmutable como los conceptos mismos. Todavía más importante, sin embargo, para Aristóteles es la consideración de que todo cambio presupone algo inmutable y todo devenir algo que no ha devenido. Con mayor exactitud, su naturaleza es doble: el sustrato, que deviene algo y sobre el cual el cambio tiene lugar, y las cualidades, en cuya comunicación al sustrato consiste este cambio. Aristóteles emplea la palabra *materia* en un nuevo sentido para designar su sustrato. A las cualidades les aplica el nombre que era corriente para las ideas platónicas: *forma*. Puesto que el fin del devenir ha sido alcanzado cuando la materia ha asumido su forma, la forma de una cosa es la realidad de ella, y forma en general es la realidad o lo real. Desde que, por otra parte, la materia como tal no es todavía lo que ella deviene más tarde, pero debe tener el poder de llegar a serlo, es la potencialidad o lo potencial. Si pensamos en la materia sin forma obtenemos la "materia primigenia" que por ser indefinida es llamada lo —cualitativamente— ilimitado, el sustrato común de toda sustancia definida que, sin embargo, el cuanto es meramente lo potencial nunca existe ni ha existido en sí mismo. Las formas, empero, no deben considerarse como simples modificaciones o aun creaciones de una forma más universal. Cada una de ellas, hasta donde es una forma definida, es eterna e inmortal, como las ideas platónicas, pero difiere de éstas en que no se halla fuera de las cosas, y dado que el mundo es eterno ella no lo

ha estado nunca. La forma no es simplemente el concepto y la esencia de cada cosa sino también su designio final y la fuerza que realiza ese fin. Sus diferentes relaciones se hallan, por lo general, divididas en distintos aspectos. Con este motivo Aristóteles frecuentemente enumera cuatro clases de causas: la material, la formal, la eficiente y la final. Las últimas tres, sin embargo, en virtud de su naturaleza y en casos particulares (tales como en la relación del alma y el cuerpo y de Dios y el mundo) constituyen una sola. Sólo es primaria la distinción entre forma y materia, que se halla presente en todo el mundo; siempre que algo aparece ante otra cosa como lo más perfecto, determinante y eficiente, lo primero es llamado la forma o lo real y lo segundo lo potencial o la materia. En verdad, no obstante, la materia adquiere en Aristóteles un significado muy por encima del concepto de la simple posibilidad. De ella derivan la necesidad y el accidente que limitan y se interponen en la actividad de la naturaleza y en los designios de los hombres. Todas las imperfecciones de la naturaleza provienen de la índole de la materia, mas ella determina, también, tales distinciones fundamentales como la del cielo y la tierra y la del macho y la hembra. Debido a la resistencia de la materia a aceptar la forma la naturaleza sólo puede elevarse poco a poco de las formas más bajas a las más altas. Únicamente en la materia logra encontrar Aristóteles la explicación del hecho de que las subespecies ínfimas se escindan en multitud de individuos. Es indudable que la materia se convierte entonces en un segundo principio dotado de su propio poder y distinto de la forma. Por grandes que sean las ventajas que el filósofo ofrece en esta explicación de los fenómenos con su teoría de la materia y forma y los pares de conceptos recién creados —la potencialidad y la actualidad— ella contiene una seria confusión para el pensamiento. El ser es, en diferentes etapas, identificado con lo particular y con la forma, en tanto que la materia se concibe ora en sentido abstracto, ora concreto. Es, sin embargo, un mérito de la interpretación aristotélica del mundo que mediante la diferencia entre el ser potencial y el actual, uno de los cuales es convertido en el otro por el movimiento, y en especial a través del importante concepto de entelequia, fue desbrozado el terreno para la idea de evolución, y así el tipo matemático de ontología y del concepto que representa Platón, quedó sustituido por la tendencia biológica.

### e) El agente y lo movido

De la relación entre forma y materia se origina el movimiento o, lo que es lo mismo, el cambio, al que se halla sometida toda cosa en el mundo que contiene materia. El movimiento no es en verdad nada más que la realización de lo potencial como tal. El impulso para esta realización sólo puede ser dado por algo que ya es lo que lo movido debe devenir a través de su movimiento. Cada movimiento, empero, presupone dos cosas: un elemento activo y lo movido. Si un ser se mueve por sí, estos dos factores deben dividirse entre los diferentes elementos dentro de él, tales como el cuerpo y el alma en el hombre. La parte activa sólo puede ser lo actual, la forma; lo movido, sólo lo potencial, la materia. La primera opera sobre esta última de modo que la impele a moverse hacia una forma definida o actualidad, pues la materia posee por su propia índole (en tanto que cada predisposición encierra la demanda de actividad) el anhelo de la forma como algo bueno y divino (*Física*, I, 192a16; 192b18; *Met.*, 1072b3). Donde la forma y la materia entran en contacto el movimiento debe necesariamente surgir siempre; y desde que ya no la forma y la materia sino la relación entre ellas, de la que el movimiento depende, tiene que ser eterna (pues tanto su comienzo como su desaparición podrían ser sólo producidas por el movimiento), y puesto, también, que el tiempo y el mundo, ninguno de los cuales puede ser pensado fuera del movimiento, carecen de principio y de fin, el movimiento no puede haber comenzado nunca ni cesar jamás. La última causa de este movimiento puede sólo yacer en un agente inmóvil; pues si todo movimiento es debido a la acción de un agente sobre lo movido y presupone un agente diferente de lo movido, este último supone, asimismo, un agente distinto de sí. Esta necesidad se repetirá hasta tanto no lleguemos a un motor que a su vez no sea movido. Si, en consecuencia, no existiera un motor inmóvil no podría haber un primer motor, y de aquí tampoco ningún movimiento, y menos aún un movimiento sin comienzo. Si, empero, el primer motor es inmóvil éste debe ser inmaterial, forma sin materia, pura actualidad, pues dondequiera que haya materia existe la posibilidad de cambio, de progreso desde lo potencial a lo actual, y al movimiento. Sólo lo incorpóreo es inmutable e inmóvil, y como la forma es el ser perfecto, y la materia imperfecta, el primer motor debe ser absolutamente perfecto, aquello en lo

cual la escala del ser llega a su punto supremo. Además, puesto que el mundo es un todo uniforme que apunta hacia un fin definido y el movimiento de la esfera universal es uniforme y constante, el primer motor puede sólo ser uno, la causa final misma. Pero el ser incorpóreo puro sólo puede ser la mente o el pensamiento. La base última de todo movimiento yace, entonces, en la deidad como la mente pura, perfecta e inagotable. La actividad de esta mente sólo puede consistir en el pensamiento, pues toda otra actividad tiene su objeto fuera de sí, que es impensable para la actividad del ser perfecto y autosuficiente. Este pensamiento nunca puede estar en un estado de potencialidad; es más bien una incesante actividad del pensamiento. El objeto de su pensar sólo puede ser él mismo, pues el valor del pensamiento es determinado por su contenido y lo más valioso y perfecto es únicamente la mente divina. De aquí que el pensar de Dios sea el "pensamiento del pensamiento". Su felicidad consiste en su inmutable autocontemplación. Actúa sobre el mundo no porque vaya más allá de sí mismo y dirija su pensamiento y su voluntad hacia aquél sino mediante su mera existencia. El ser absolutamente perfecto, el Bien supremo, es también el fin al cual tienden y aspiran todas las cosas. De él dependen el orden uniforme, la cohesión y la vida del universo. Aristóteles no concibe la acción de la voluntad divina sobre el mundo o una actividad creadora o alguna influencia de la deidad en el curso de las cosas. La relación de Dios, la mente que se piensa a sí misma, con el mundo queda, según Aristóteles, mejor expresada mediante el término *energetismo*.

#### 48. La física de Aristóteles. Su punto de vista y principios generales

Mientras la filosofía primera trata de lo inmóvil e incorpóreo, el tema de la física es lo móvil y corpóreo, más precisamente, lo que tiene la causa de su movimiento en sí mismo. "La naturaleza es el principio y la causa del movimiento y reposo de aquellas cosas, y sólo de aquellas en las cuales ella reside primordialmente como distinta de lo accidental" (*Física*, II, 192b20). La índole exacta de esta fuente, no obstante, y su relación con Dios, queda sin aclarar. El sistema de Aristóteles, en efecto, no ofrece ninguna

justificación por su frecuente tratamiento de la naturaleza como un poder real que opera en el mundo.

Aristóteles entiende por movimiento en general todo cambio, toda realización de lo potencial. En este sentido enumera cuatro clases de movimientos: el sustancial, devenir y perecer; el cuantitativo, aumento y disminución; el cualitativo, transformación (paso de una sustancia a otra), y el espacial (cambio de lugar). Atribuye, sin embargo, sólo los últimos tres al movimiento en sentido estrecho, en tanto que el concepto de cambio comprende a los cuatro. Todos los otros tipos de cambio son determinados por el movimiento espacial. Aristóteles examina (*Física*, III, 4) con mayor empeño que cualquiera de sus predecesores, en primer término, esta especie de movimiento. Muestra que lo ilimitado no puede estar presente realmente sino sólo en potencia en la multiplicidad infinita de los números y la divisibilidad infinita de las magnitudes. Define el espacio —que él no distingue tajantemente del lugar— como el límite del cuerpo que circunda respecto de lo circundado; en tanto el tiempo es el número del movimiento con relación al antes y al después. De esto concluye que fuera del mundo no hay tiempo ni espacio, que el espacio vacío no puede ser pensado (según expresa en su ataque contra los atomistas); que el tiempo, como todo número, presupone un alma que cuenta. Prueba que el movimiento espacial, y entre éstos el circular, es el único que puede existir sin principio ni fin. Aristóteles está convencido, empero, de que el movimiento espacial y la correspondiente concepción mecanicista de la naturaleza no bastan para explicar los fenómenos. Sostiene que la materia es cualitativamente diferente. Combate la construcción matemática platónica de los elementos y también la teoría atomística con argumentos frente a los cuales esta última, en la forma expresada por Demócrito, no podía ser defendida eficazmente dado el escaso desarrollo de la ciencia natural de la época. En sus ataques contra las teorías opuestas intenta mostrar que la materia y en especial los elementos cambian cualitativamente unos en otros, en tanto que las propiedades de una cosa se modifican bajo la acción de otra. Esta relación de actividad y pasividad es, sin embargo, según él cree, sólo posible cuando dos cuerpos son en parte semejantes y en parte desemejantes, es decir, cuando se diferencian dentro del mismo género. De acuerdo con esta tendencia, Aristóteles, en oposición